

LA COEXISTENCIA EN LAS LIBERTADES HUMANAS

Los instrumentos de cooperación entre los Estados Unidos y la URSS se multiplican. Además de las conversaciones de limitación de armas nucleares y de seguridad europea, una serie de negociaciones bilaterales a todos los niveles se están celebrando, y tendrán un punto cálido en octubre, cuando el secretario del Tesoro visite Moscú. En estas entrevistas parece advertirse una curiosa identidad de lenguajes, objetivos, psicologías entre soviéticos y americanos. Samuel Pizar, experto en cuestiones de comercio entre el Este y el Oeste, escribe: «El "manager" americano y el soviético son ya mucho más parecidos entre sí de lo que se podría imaginar. Ambos están comprometidos en los mismos trabajos, ambos tienen preocupaciones similares y sirven a remotos, abstractos complejos de corporaciones. Trabajando unos con otros, olvidan que se supone de unos que son comunistas ateos y de otros que son capitalistas insaciables». Esta coronación rápida de la coexistencia ha hecho, como se sabe, las desgracias de grupos políticos o naciones que lo esperaban todo de una política de ideologías, pero ha conmovido también las oposiciones interiores. Dentro de cada uno de los países —de la URSS y de los Estados Unidos— se cree ahora que las posibilidades de transformación de sus propias sociedades no están ya impulsadas o favorecidas por el otro país. Es indudable que en todos los apuros de Nixon frente al Watergate y la crisis de la Casa Blanca, el apoyo de la URSS —y el de China— son de una gran utilidad. Mientras, en la URSS, Bregnev y el grupo en el poder están apoyados por los Estados Unidos. Algunas declaraciones recientes del secretario de Estado, Kissinger, lo aclaran muy concretamente: «No podemos ser indiferentes a la negación de la libertad humana —dice—, pero no podemos, al mismo tiempo, insistir en la transformación del sistema soviético y mantener la evolución general que estamos iniciando con esperanzas». Y también: «No estamos contra el problema humano, pero tenemos que preguntarnos a nosotros mismos si el principal objetivo de la política exterior de los Estados Unidos es el de transformar la estructura interior de las sociedades con las que negociamos». Dicho en un lenguaje sincero y directo, a los Estados Unidos no les importa

nada de lo que suceda en el interior de las naciones con las que trata si esas naciones le son favorables o puede comerciar con ellas de una manera fructífera. No es una novedad, pero sí lo es que sea expresado así, cuando en otros tiempos no muy lejanos el intervencionismo y el mercantilismo de los Estados Unidos se disfrazaba de «defensa de las libertades».

Y es precisamente en este momento de exaltación y consolidación de la coexistencia cuando los disidentes soviéticos producen sus declaraciones y sus protestas. Para ellos, la coexistencia es un final de las esperanzas, dicen. Soljenitsin lo expresa con este párrafo: «La coexistencia en esta tierra, pequeña y entrelazada, debe ser considerada como una existencia no sólo sin guerras —¡eso no es bastante!—, sino sin violencia, sin que nadie nos diga cómo tenemos que vivir, qué tenemos que decir, qué tenemos que pensar, qué debemos saber y qué no debemos saber». Es un eco de la famosa declaración de Sajarov —el científico a quien se atribuye la colaboración definitiva que hizo posible la bomba de hidrógeno de la Unión Soviética— contra la coexistencia: Occidente, decía, no debe coexistir con la Unión Soviética, porque una nación que tiene un comportamiento represivo interior no puede ser digna de confianza en el exterior. Una declaración de una gravedad sin precedentes.

Este tipo de disidencia ha provocado reacciones muy encontradas, muy diferentes. Por una parte, aquellos que se sienten reprimidos —o dirigidos en su pensamiento, su acción o su vida, como decía Soljenitsin— se sienten irremediabilmente solidarios de los soviéticos disidentes. Es el sentido del telegrama de los hombres de ciencia franceses —entre ellos, Premios Nobel, como Jacob (cuyas declaraciones contra el racismo aparecieron en el último número de TRIUNFO), Monod, Kastler, Lwoff...—: «Debemos afirmar que si sus valientes y generosas posiciones deberían tener como consecuencia unas presiones intolerables o unas privaciones de libertad para ustedes o para sus familiares, nos sería moralmente imposible participar con los sabios de su país en trabajos de colaboración que, por la fuerza de las cosas, se situarían bajo la égida de un go-

bierno que no respetaría las libertades humanas a las cuales estamos profundamente unidos». Con mayor dureza está redactado el telegrama dirigido a Bregnev por 65 científicos de los Estados Unidos —entre ellos, ocho Premios Nobel—, en el que le piden que ponga un término a las «violaciones de los derechos fundamentales del hombre».

Pero otro tipo de reacción es el que utiliza estas disidencias para combatir la coexistencia por otras razones que no tienen nada que ver con el concepto de libertad y dignidad humanas, sino por defensa de intereses imperiales o nacionales. Es, por ejemplo, la del profesor Morgenthau (de Ciencias Políticas, en la Universidad de Nueva York) escribiendo en el «New Leader». Arranca con un párrafo importante: «Un gobierno que se corta a sí mismo y a su pueblo del contacto objetivo con el mundo exterior, que se convierte en prisionero de su propia propaganda, no puede realizar una política internacional fiable o admisible, o siquiera respetar, puesto que las autolimitaciones morales son la base de una política viable de equilibrio de poderes». Es posible que esta apariencia axiomática tenga más que ver con un idealismo que con la realidad. En la política interior, un gobierno hace la política que quiere (si no hay mecanismos que se lo impidan), y en política exterior hace la política que puede o que es resultante de otras fuerzas que están bajo su control; pocos tratados han estado basados en la moral, sino en una serie de garantías mutuas. Pero la verdadera preocupación del profesor Morgenthau es la de que con la coexistencia se está dando a la URSS un «respiro» que sirve «a los intereses de la Unión Soviética, a la que estamos suministrando un potencial económico y técnico sin ninguna seguridad de cuál va a ser su última utilización. Es en este punto donde el carácter del gobierno soviético y su política interior se convierten en temas de importancia vital para los Estados Unidos». Reconocemos aquí ya un pensamiento conservador y antiguo que deja de tener la relación que quiere tener con el problema de los disidentes y de la rigidez del gobierno soviético. Está relacionada con las viejas tesis del «cordón sanitario» y con las opiniones corrientes en los Estados Unidos en la segunda

guerra mundial de no enviar armas a la URSS para defenderse de Alemania, para evitar lo que se consideraba un mal peor. Y supone una ignorancia deliberada de que los Estados Unidos han entrado en la vía de la coexistencia por unas razones de necesidad.

En la actitud de los disidentes soviéticos hay que considerar algunos matices más de los que habitualmente se toman en consideración (1). En primer lugar, su acción principal no va tanto contra el sistema sino contra el gobierno. Suelen mantener que el sistema contiene las suficientes vías legales y constitucionales, y una dosis doctrinal, ideológica y filosófica de respeto al hombre y su acción, que serían suficientes como para garantizar una vida aceptable; lo que niegan es que el gobierno soviético ponga en práctica estas posibilidades, y lo que piden es simplemente que se le devuelva legalidad al sistema (hay algunos, sin embargo, que creen que es la base ideológica la que inevitablemente conduce a este fin). Pero, en segundo lugar, lo que sus manifestaciones de disidencia contienen es un doble fondo. Por una parte, es una certidumbre aquello que están denunciando como opresión; por otra, sus propias manifestaciones son la prueba de que algo ha trabajado la coexistencia en el sentido de hacerlas posibles. Sin unas nuevas condiciones, si imperasen aún las del Estado soviético de hace veinte años, ni Savaiov, ni Soljenitsin, ni ninguno de sus compañeros de lucha habrían podido hacer nada, a no ser perder la vida. Se les podría preguntar por qué han esperado hasta ahora para expresar su disidencia. La simple respuesta de que antes no era posible bastaría para saber que algo ha cambiado. O que algo ha comenzado a cambiar.

No todo, ni satisfactoriamente. La reciente liberación del general Grigorenko (que en realidad no es tal liberación, sino su traslado de un hospital psiquiátrico a uno general, donde gozará de mayor libertad), la entrega de pasaportes a los judíos que desean emigrar a Israel (no olvidemos que el movimiento judío mundial es uno de los grandes instrumentos de propaganda en esta cuestión), el hecho de que se puedan ya escuchar las emisiones de

(1) Ver TRIUNFO, número 571, 8 de septiembre.



Los instrumentos de cooperación entre los Estados Unidos y la URSS se multiplican.

JUAN ALDEBARAN

radio occidentales (incluyendo las emitidas en lengua rusa por emisoras de propaganda de guerra fría, que aún subsisten) sin interferencias, y la misma manera de producirse de los disidentes (Soloyntsin acaba de poner en circulación dos capítulos inéditos de su novela «Primer círculo»), son indicios de que las cosas no son como eran. Indicios nada más, y repitámoslo, no suficientemente satisfactorios.

Pero suficientes como para indicar algo contrario a lo que indican los disidentes y quienes les apoyan desde el punto de vista del conservadurismo: que la coexistencia está resultando más útil y más eficaz en esta cuestión de la opresión interior (por el contrario, en el de grupos y naciones en el mundo, el problema es otro, por el momento) que la guerra fría. Un tema como el de Watergate, en los Estados Unidos; un procesamiento como el del vicepresidente, no hubiesen sido posibles en la época de la guerra fría, cuando el país se encontraba con el problema más grave de un enemigo exterior. Lo que daba esa época era la nefasta gestión de McCarthy, en los Estados Unidos, o las terribles depuraciones de Stalin, en la Unión Soviética.

De esta forma podemos encontrarnos de nuevo con las definiciones de Sajavov, de Soloyntsin o de Morgenthau: la estrecha dependencia de política exterior y de política interior. Pero en un sentido muy distinto al de ellos:

en el de que la coexistencia tratará de mejorar esas condiciones interiores, y la guerra fría, si renaciésemos, les perjudicaría. Son verdades que parecen bastante evidentes.

Está claro que por ahora —y quizá por muchos años— estos elementos de coexistencia no van a cambiar. No sólo Nixon y Kissinger, sino el gran complejo industrial de los Estados Unidos están decididos a llevarlas adelante, como lo están Brejnev y su equipo. Toda insistencia en que ese entendimiento no debe hacerse por encima de los pueblos, sino en su favor, será poca. Por eso las presiones que hagan los disidentes y quienes les comprenden desde el exterior —en el sentido de derechos humanos, y no en el de neoperperialismos— serán, al mismo tiempo que valientes, utilísimas para toda la humanidad, en riesgo de verse desbordada por sus gobiernos, quizá por sus sistemas. No bastará con imaginar que ciertas aperturas, solamente políticas, solamente económicas, que ciertos aumentos de nivel de vida o de renta por cabeza podrán desencadenar un proceso de liberalización humana. Sin las demandas y las presiones continuas, no sería suficiente. Pero es muy probable que la vía de pedir una dureza mayor en las relaciones internacionales y un regreso a los elementos básicos de la guerra fría pueda ser un error funesto que consiguiere precisamente lo contrario de lo propuesto.

MEDICINA

LA DIFICULTAD DE "SER" UN ENFERMO

Las bellas frases acuñadas («la Medicina es un sacerdocio», «el enfermo ha de ser considerado como un todo», y otras igualmente rutilantes) tropiezan con la dura realidad de la creciente deshumanización de la Medicina. Si continúa la evolución actual, y todo hace pensar que no sólo va a continuar, sino que se va a acelerar, llegará el momento en que el enfermo rogará al médico que, por lo menos, le escuche, aunque no le mande hacerse ninguna radiografía ni ningún análisis.

Algún mal corre a la Medicina, cuando se observa que en Francia, país de elevado nivel médico, el número de curanderos iguala casi al de médicos. Nadie puede negar que un médico sabe más Medicina que un curandero, pero éste se halla más cerca de la elevada proporción de pacientes que no tienen ningún trastorno orgánico y que no padecen más enfermedad que los efectos de la pesada carga que la civilización actual supone para el organismo humano.

Cuando un jaquecoso sale de una consulta cargado de radiografías craneales en distintas incidencias, de trazados electroencefalográficos y de variados análisis, pero sin haber tenido la ocasión de mantener con el médico una conversación en profundidad sobre los orígenes de su mal o sobre las ideas que él tiene acerca del mismo, es muy posible que siga siendo tan jaquecoso como siempre, porque lo que necesita probablemente es una reestructuración de su modo de vivir y de abordar los acontecimientos de cada día.

En uno de los mejores hospitales de Europa, considerando desde el punto de vista de la tecnología médica, un amigo mío acaba de morir de cáncer vertebral después de una estancia ininterrumpida de casi un año de duración. En lo estrictamente técnico recibió una asistencia irreprochable; se le hicieron las exploraciones radiográficas más complejas y se le aplicaron los isótopos radiactivos más raros, pero en ningún momento los médicos que le trataban le dieron la menor ocasión de que formulara preguntas sobre su estado o sobre los síntomas que le inquietaban. Tampoco se puede decir que los médicos careciesen de amabilidad: no, simplemente la Medicina de hoy los había convertido en meros aplicadores de una técnica.

Mientras, por una parte, la Medicina nos admira con sus enormes progresos técnicos, por otra, el enfermo se convierte cada vez más en un expediente que circula de servicio en servicio o de archivo en archivo. Es una evolución, al parecer irreversible, que afecta en variada medida a todos los países. Véase lo que decía hace poco el periódico de Copenhague «B. T.»: «La aplicación de la reforma del Seguro de Enfermedad en Dinamarca amenaza con batir todos los records del papaleo. Se necesitarán unos veintidós kilómetros de estanterías para conservar los nuevos archivos, y el Ministerio de Salud Pública ha iniciado ya la búsqueda de sótanos suficientemente espaciosos para conservar ese enorme volumen de documentación».

La «mania» del papaleo lleva a extremos casi cómicos. Hace poco, una compañía suiza de seguro de enfermedad comunicaba a sus asegurados: «Le señalamos que deberá pedir un volante de enfermedad tres o cuatro días antes de caer enfermo».

El gran reto que hoy se plantea a los planificadores sanitarios consiste en conciliar la necesidad de aplicar al máximo los progresos técnicos de la Medicina, con la necesidad, no menos ineludible, de lograr que el enfermo tenga la posibilidad de establecer un contacto real con el médico. El enorme éxito de los «médicos descalzos» chinos no se basa, sin duda, en sus conocimientos médicos (la mayoría sólo han seguido un cursillo de unos meses), sino en su accesibilidad, en el hecho de que viven en la vecindad inmediata del paciente, que les conoce y sabe que puede acudir a ellos con la seguridad de encontrar un oído atento para sus culpas. Quizá después el «médico descalzo» no sepa diferenciar un fuerte dolor de estómago de una pancreatitis, pero siempre dispone de una instancia superior a la que acudir cuando se le plantea un problema de difícil solución.

Al padre que tiene un niño con 40° C de fiebre, lo que le importa es poder consultar fácilmente con un médico, y no tener cerca de su domicilio una unidad de cobaltoterapia o un hospital con un magnífico servicio de cirugía cardíaca. Todo es necesario, pero si se tiene en cuenta que las fiebres de 40° C son más corrientes que las indicaciones de un trasplante cardíaco, la asistencia médica y, ante todo, la formación de los futuros médicos deberían orientarse en función de las necesidades de los demás. La eficacia existencial de una institución no debe medirse por la altura de los edificios que la integran, sino por el índice de satisfacción de los que acuden a ella para recibir los cuidados pertinentes.

Quizá se trata, en suma, de reinventar el antiguo médico de cabecera, que posiblemente sabía mucho menos que un estudiante de cuarto año de Medicina de hoy, pero que tenía la virtud (cada vez más rara en los ajetreados tiempos que vivimos) de saber escuchar sin acudir presuroso a rellenar variados volantes. No se trata en absoluto de frenar el progreso de la Medicina, sino de lograr que los avances se apliquen de modo más humano y que el hombre no perciba, junto a la desdicha de la enfermedad, la tristeza de la soledad y de la incomunicación. ■ Dr. J. A. VALTUENA.